LA RECEPCIÓN DE MIGUEL HERNÁNDEZ EN ARGENTINA

Por
NONI BENEGAS
(Escritora)

Antes de nada quiero agradecer a Carmen Alemany, presidenta de este Congreso Internacional, la confianza que puso en mí al invitarme a participar en la Mesa de Poetas. Al Señor Decano, a los organizadores, a los participantes, al poeta que me acompaña, Juan Carlos Mestre, y al público presente por su generosa atención, luego de un día denso de trabajo y ponencias.

Seré breve. Me gustaría referirme a la recepción que la obra de Miguel Hernández tuvo en Argentina, y lo que significó para muchos adolescentes de mi generación, y en especial para mí.

Cómo comentamos en mi anterior charla en esta Universidad, Argentina tomó el relevo de la edición en español a fines de los años 30 y la década de los 40, mientras España se destrozaba en la Guerra Civil, que empujó a tantos españoles al destierro americano. Entre ellos, había profesionales del mundo de la edición que tuvieron un papel importantísimo en la constitución de la industria editorial argentina. Fundaron sellos como Emecé, Sudamericana, o Losada, que se sumaron a los esfuerzos de editores argentinos como Victoria Ocampo, creadora de Sur y la revista del mismo nombre, sugerido por Ortega y Gasset, e inspirada en su *Revista de Occidente*.

Estas iniciativas impidieron que la vida cultural en español se paralizara, y dejara de participar en la internacional, mediante la traducción de autores insoslayables del siglo XX. Ocampo crea también los *Cahiers du Sud*, editada en francés durante la guerra, donde escribieron desde Paul Valéry a Saint John Perse, pasando por Roger Caillois, para no hablar de los suplementos literarios de los periódicos de ambas orillas del Río de la Plata, que sirvieron de tribuna a tantos intelectuales españoles, exiliados de la República, y residentes en diversos sitios de América y el mundo.

En 1937, Espasa-Calpe funda su Colección Austral en Buenos Aires, heredera de los libros de bolsillo de la Colección Universal. Austral la pone en marcha Gonzalo Losada, que al año siguiente, crea otra editorial con su nombre. Entre sus directores de colección estaban: Amado Alonso, en lingüística, y Guillermo de Torre, en literatura. Es así como en 1960 aparecen las primeras ediciones de la obra de Miguel Hernández, seleccionadas y prologadas por María Gracia Ifach, seudónimo de la investigadora albaceteña Josefina Escolano[1].

Losada había ofrecido años antes, en 1946, *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y en 1949 los 8 tomitos de la obra de García Lorca, que luego reúne Aguilar, en un ejemplar en piel y papel biblia, que es el que yo manejaré. Retengo estos nombres, porque es entre ellos que se va a jugar –para muchos de nosotros– la máxima condensación de influencias de la poesía española en aquellos años de formación en Argentina.

Hijos de la ira supuso la aparición de *la ciudad* como trasfondo. El paisaje urbano y su desdicha: «Madrid es una ciudad de 1 500 000 de cadáveres». Ahí, como porteños, pudimos identificarnos con todo lo que ocurría en ese perímetro denso y urbano.

García Lorca, nos traía reminiscencias de diversos mundos.

Por un lado, de un teatro lírico con ecos del simbolismo de piezas de Maeterlink o Claudel, con sus atmósferas encantadas de semivigilia. Por otro, de una región geográfica de ensueño: Andalucía, inconfundible y mágica, que la nostalgia de los emigrantes hacía crecer en nuestro imaginario.

Sin embargo, bien leído y espiado –la curiosidad infantil no tiene límites–, había debajo de ese encantamiento cosas nuevas, raras....

Quiero destacar la importancia capital que tuvo la lectura de su pieza de teatro: *El público*.

Entendimos, no se sabe cómo; o mejor dicho, por cómo lo decía Lorca, que podíamos jugar con nuestra identidad, que no era una esencia inamovible... Que la identidad se nutre de copiar y mimar gestos y conductas que vemos y pillamos alrededor, mucho antes de descubrir nuestra asignación de sexo. Lorca nos proponía *el juego*, *el disfraz*, l*a performance*, que a esa edad nos aligeraba del peso del tener que ser una señorita, por ejemplo, con sus obligaciones y limitaciones, con sus recortes. En este sentido, se adelantaba, visionariamente, a las teorías preformativas de género que cuajan en la academia norteamericana en los años 80, al socaire del movimiento feminista. Me refiero al descubrimiento de la construcción del género mediante tecnologías sociales por Teresa de Lauretis, y Judith Butler[2].

Y aún más. En tanto que futura escritora, Lorca significó para mí otro tipo de liberación, pues me influyeron sus *poemas en prosa*, sobre los cuales he escrito en otra parte[3], porque me permitían deshacerme de esa costura del metro rimado, o de los prestigiosos ritmos del verso libre, para encontrar poesía también en la prosa.

Pienso en su «Nadadora sumergida»: pequeñas narraciones sin pies ni cabeza que decían sin decir; llenas de sentido a pesar de su sinsentido, pues en ellas apunta el inconsciente, organizado un paso más allá que en la escritura automática de los surrealistas; amable y con un humor que no hay en su *Poeta en Nueva York*...

Ese es el panorama cuando, por último, aparece alguien que nos impresiona si no como «el más puro y verdadero», según dijo Vicente Aleixandre ante su tumba, sí como «el más real de todos».

Ahora bien, ¿qué quiso decir con esto Aleixandre, que también nosotros experimentamos al leerlo?

Dámaso Alonso nos presentaba un *mundo urbano*, sí; pero lo hacía con una lengua demasiado tremendista a los oídos juveniles. Lorca, un mundo de sueño y aventura, pero con un lenguaje ligado a un paisaje, a unos personajes, unos giros y músicas de un carácter tan marcado –el mundo ancestral andaluz, los gitanos, las letras del flamenco– admirables, pero con los que no podíamos identificarnos del todo.

Nuestro tono, más que trágico es melancólico.

En cambio, surgen de pronto estos versos:

> Hoy estoy sin saber, yo no se cómo,
> hoy estoy para penas solamente,
> hoy no tengo amistad,

hoy sólo tengo ansias
de arrancarme de cuajo el corazón
y ponerlo debajo de un zapato.
Haría un tintero de mi corazón,
una fuente de sílabas, adioses y regalos
y ahí te quedas, al mundo le diría....

Esto, lo podría haber dicho cualquiera de nosotros, sonaba familiar.

Éramos adolescentes, estábamos creciendo, el cuerpo nos quedaba grande, queríamos suicidarnos una vez cada semana:

No se porqué, no sé porque ni cómo
me perdono la vida cada día...

Leíamos *La náusea*, de Sartre, y *En el camino*, de Kerouac, y nos queríamos ir cueste lo que cueste a cualquier lado, huir, escapar de la familia, de la sociedad pacata y represora:

Me quiero distraer de tanta herida
me da cada mañana
con decisión más firme
la desolada gana
de cantar, de llorar y de morirme

Así, mientras Sartre lanzaba amargo: *El infierno son los otros*, Miguel decía:

Ya sabes que las vidas de los demás son losas
con que tapiarte,
cárceles con que tragar la tuya.

Nos había nacido, por fin, el poeta que daba cauce a nuestras emociones existenciales. Porque en aquellos años, los 60, bebíamos y respirábamos existencialismo.

Ya en 1949 Victoria Ocampo había traído a Albert Camus a Buenos Aires y había traducido y publicado su obra en Sur.

En 1954 se editan los 3 tomos de *El ser y la nada*, de Sartre.

Y en 1960, el mismo año en que se publica por vez primera a Miguel Hernández, aparecen en la misma Losada los ensayos de Heidegger: *Sendas perdidas*, donde analiza la poesía de Hölderlin y Rilke, bajo la óptica existencialista. Aquello de: *para qué poetas en tiempos de penuria.*

Mas todo esto lo fuimos leyendo en traducción, que era como mirar a través de un vidrio, mientras que los acentos de Miguel calaban hondo, porque estaba dicho en nuestro idioma, con esas palabras y no con otras.

Pero claro, cuando descubrías la biografía del poeta, te dabas cuenta de que eso lo había escrito en 1935, en 1936, mucho antes que los filósofos franceses o alemanes.

Y había una lección en Hernández para esos adolescentes que fuimos, y que sigue dando fruto hasta hoy:

De ti a ti trasladando vas tu acento
y tú, tu resultado y tu problema
eres tu concepción y nacimiento.

Sus versos escuetos, hondos, hacen que vibremos de un modo que las teorías jamás consiguen:

¿no veis mi boca qué desengañada,
qué inconformes mis ojos?
Cuanto más me contemplo más me aflijo:
cortar este dolor ¿con qué tijeras?

Frente a la cartesiana desazón que instilaba París, o las brumas nórdicas, desesperanzadas, Miguel, que sabía y mucho, de soledad y desolación, alzaba sin embargo un canto al amor y al deseo sexual, físico, sin tapujos, y al hecho de ser padre, que eran de por sí una afirmación suficiente para invitarnos a entrar a la vida y vivirla.

Esa sabiduría que se ganó poniendo el cuerpo y que lo hizo parecer más real que los demás, y paradójicamente, ser más inmortal a través de un puñado de versos escogidos, esa sabiduría sabía, al igual que la ciencia actual, que *la vida es más vieja que la muerte*.

Perderemos nuestra forma humana, pero nuestras células subsistirán, tal como lo demostró el premio Nobel de Medicina de 1974, el belga Albert Claude. Subsistiremos, entonces, en la energía del universo, en las partículas de luz, porque está científicamente probado: *no nos apagaremos*.

O para decirlo con palabras de Miguel, y aquí concluyo:

Pero no moriremos. Fue tan cálidamente[4]
consumada la vida como el sol, su mirada.
No es posible perdernos.
Hay un rayo de sol en la lucha
que siempre deja la sombra vencida.

NOTAS

1.– Me interesa destacar que el ejemplar que manejo es de la séptima edición de Losada (Buenos Aires, 1974), y que la tirada consta de veinte mil ejemplares, lo que da una idea de la repercusión que tenían en esa época los poetas. La televisión no estaba al alcance de todos, y no existía Facebook.

2.– Teresa de Lauretis, «La tecnología del género», en *Diferencias, Etapas de un camino a través del feminismo, Cuadernos Inacabados*, Madrid, Ed. horas y Horas, 1999. Judith Butler, *El género en disputa*, Barcelona, Ed. Paidós, 2001.

3.– Noni Benegas, «De Lorca a Foix: nadadora sumergida», *Quimera*, 54/55, 1988.

4.– Albert Claude, «The coming of age of the cell», *Science* (8 de agosto de 1975) pp. 426–435.